

PARA TODOS

La lógica de la derrota

Con motivo de la proyec-
:tada Unión dinástica::

Sr. D. Francisco Villanueva, direc-
tor de EL LIBERAL:

No puedo resistir, mi querido ami-
go, a la tentación de comentar el ex-
celente artículo que con el título de
«Moral de la derrota.—La unión di-
nástica» apareció en ese diario el día
15 de este mes.

En ese mi pueblo importantes per-
sonalidades de Vizcaya han realizado
un acto de afirmación dinástica. Y us-
ted piensa, como yo, que ese acto no
tendrá eficacia.

Los padres y abuelos de muchos de
esos que hoy afirman su liberalismo
dinástico—pues hasta los conservado-
res se apellidan entre nosotros libera-
les—lo afirmaron también y con las
armas en la mano. En defensa de la
libertad y del liberalismo, y con ellos
de la dinastía que creían legítima,
frente a la otra, a la de los pretendien-
tes Carlos llamados V y VI y VII, lu-
charon desde los tiempos de los cris-
tinos. Y hubo un tiempo en que los
nombres de Isabel y de Alfonso eran
símbolo de liberalismo y a la vez de or-
den y de progreso.

Pero todos hemos visto cómo a aque-
llos antiguos partidos políticos libera-
les y dinásticos se les agotó el con-
tenido ideal y cómo no saben o no pue-
den o no quieren renovarlo. ¿Qué pue-
de unir hoy ahí, en Bilbao, a los di-
násticos todos que les separe de los
antidinásticos o siquiera adinásticos
de la derecha y de la izquierda, de los
tradicionalistas de un lado y de los
republicanos del otro? ¿Qué puede
unir a los que cabe llamar guberna-
mentales? ¿A los del turno del pre-
supuesto?

Recuerda el artículo el solemne ho-
menaje que Bilbao, agradecido, ofre-
ció el verano último al jefe del Esta-
do, y recuerda la gratitud que debe a
D. Alfonso XIII.

¿Quién niega los méritos persona-
les de nuestro rey? Creo que ningún
antidinástico de juicio sereno. Pero
¿qué hacen los que al rey sirven de
ministros para que en pueblos dignos,
en pueblos de opinión y de ideales,
como es ese mi Bilbao, pueda cobrar
fuerza el liberalismo dinástico?

Dice en su periódico que esos ele-

mentos que han constituido la unión
dinástica no actúan públicamente,
que su acción social y política no es
popular y que tienen abandonados los
intereses generales en provecho de sus
privadas conveniencias «que no son
siempre compatibles con las necesida-
des públicas». Y en esto no hacen sino
responder al estado de los partidos po-
líticos españoles que representan.

La persona de su majestad, digna
de todos los respetos y de la gratitud
de los españoles, no puede constituir
por sí, ni para los dinásticos, el prin-
cipio de una unión dinástica política.
La política no consiste en organizar
cotillones y regatas, la política no es
deporte ni cortesanía, la política no
puede inspirarse en un club de seño-
ritos.

Los partidos políticos dinásticos han
caído en España en el más vergonzoso
fulanismo. El que recorra las yermas
soledades espirituales de esta triste
Castilla, vivero de mendigos de todas
clases, encontrará en sus ciudades,
villas y villorrios organizadas las pan-
dillas de lopecistas, gomecistas, pere-
ristas, fernandecistas, martinecistas,
etcétera. ¡Todo es fulanismo! Y en
el pueblo hay fulanistas radicales
junto a fulanistas reaccionarios. Y si-
no que se le pregunten al actual go-
bernador civil de esa, mi amigo el
Sr. Queipo de Llano, que conoce como
pocos una de las más típicas de esas
muertas charcas espirituales de Casti-
lla, anidadoras de fiebres palúdicas de
la voluntad y de la inteligencia. En
estas tristes tierras de la triste Casti-
lla, donde no hay opinión pública po-
lítica, donde no hay idealidad, la polí-
tica se reduce a electorería y a peque-
ños, muy pequeños negocios. En el
fondo a pordiosería.

Hay mendigos, los más dignos, que
pordiosean ochavos, pero los hay que
pordiosean cargos—ya de lucro, ya de
vanidad,—otros cruces, otros diputa-
ciones, otros ministerios, otros holgan-
za. Porque hay quien se dedica a esta
lúgubre politiquería profesional para
aparentar que hace no haciendo nada.
Y que no está lleno Madrid de pedi-
güeños de holganza! Y así se hacen
los partidos de funcionarios, de aspi-
rantes a funcionarios y de cesantes de
ello.

Cabe decir que excepto Cataluña y
esa mi noble tierra apenas hay en esta
lamentable España sino tal cual oasis
pardiado donde florezcan, del suelo de
la idealidad, opiniones dignas. No hay
penas opinión pública en España y
los que nos des gobiernan no se cuidan
de hacerla. ¿Qué van a hacer ellos
con la opinión pública?





Ahí, en esa mi noble villa, hay republicanos, hay nacionalistas vascos, hay tradicionalistas, hay socialistas; pero no hay sino un estado mayor de señoritos dinásticos, sin verdadero ejército. Y ello tiene razón de ser. Republicanismismo, bizkaitarrismo, tradicionalismo, socialismo... son algo; algo acertado o no, bueno o malo, pero algo ideal. Lo otro, ¿qué es? Fulanismo puro, es decir, vacuidad.

Yo le he oído al jefe de uno de los partidos dinásticos españoles decirme hablando de uno de sus partidarios: «es de los míos» y decorarle con un apelativo patronímico en-ista. Y recuerdo que pocas cosas le indignaban más a Salmerón que el que se le acercase alguien llamándose salmeroniano, así como Maura ha protestado contra lo de que haya quienes se llamen mauristas, aunque a pesar de esto sigan denominándose así. Y eso que Salmerón en su tiempo y Maura hoy representan un ideal impersonal político, acertado o no. ¿Puede consentir un hombre algo delicado el que se le cuente en posesivo, como a una res? Y ello es en parte la consecuencia de aquella execrable tradición política romeroblediana, de aquel que era amigo de sus amigos, con todo lo que esta frase, al parecer tan honrada, significa.

Pero ese mismo político que me hablaba de uno de los suyos, hace unos meses, hablando con un amigo mío, exdiputado catalán,—que es quien me lo ha contado—aludiendo a los que invocan su lealtad al llegar el reparto de prebendas y sinecuras, le decía sobre poco más o menos: «¡Su lealtad! ¿Y para qué necesito su lealtad si luego no saben lo que debían saber ni son capaces de aprenderlo? ¡Lo que yo necesito es hombres que me sepan resolver problemas!» Y esta es la derecha, y al decir esto el sagaz político—pues de torpe nada tiene—demostraba conocer el buen camino... que no ha seguido. La lealtad canina de los mansos cuneros de sí o no de poco sirve. La lealtad útil es la lealtad a las ideas, la idealidad, es la competencia. Y la disciplina del competente no es la del perro. A un leal así no se le encasilla ni se le obliga a mendigar ni se le atrae como a uno que se deja poner collar con sello y cifra.

Se acercan las elecciones generales de diputados a Cortes y senadores con todo su triste cortejo de encasillamiento, de gobernadores, y hasta ministros, apertadores, de amenazas, halagos, de cambalaches, de trueques, de esos que llaman sacrificios, de pordiosos, y luego, como secuela y postre, de compensaciones y pequeñas venganzas vergonzosas, de toda la marru-

lera tramoya de nuestra nauseabunda técnica electoral, y en esta infeliz Castilla, ayuna de opinión pública y hasta de mendigos de todo rango y laya, volveremos a presenciar el lóbrego espectáculo de un pueblo que pide caciques, esto es: cadenas. Y al Gobierno le costará más hacerse las minorías que hacer la mayoría, porque la verdaderamente encasillada es la oposición. Menos ahí acaso y menos en Cataluña y en pocos raras oasis más. Los más de los distritos electorales son inclusas. Y menos mal donde se compra el acta con dinero, porque esto es menos innoble. Vendrán las elecciones, digo, y con ellas y tras de ellas se pondrá de manifiesto toda la miseria interior del alma de nuestro pueblo, a la que responde, como su hija, la miseria espiritual de nuestros Gobiernos de técnicos electoreros y de rúbulas atravesados, cuando no de majos.

Toda la carroña de nuestra vida pública es que no hay opinión, que no hay idealidad, y la unión dinástica esa no corregirá el mal. Que no se corrige con un mero santo y seña, sea libertad, u orden, o patria, o rey, o aunque sea Dios. Un santo y seña no es un programa. Y hacer programas no es hacer elecciones o prepararlas. Lo mismo da decir libertad, igualdad, fraternidad! que Dios, Patria y Rey o cualquier otro lema, si no sirve más que de enseña a una Compañía de seguros mutuos para el disfrute del Poder o el acaparamiento de los lucros y las vanidades. Y son más bajas éstas que aquéllos.

Si esos señores liberales de la unión dinástica hubieran querido de veras hacer liberalismo y hacer dinastismo, habrían aconsejado al Gobierno de su majestad que dejase al Ayuntamiento del pueblo de Bilbao, que es una villa consciente y digna y noble y no un feudo electoral, darse por sí su alcalde, y no imponérselo por real orden, pactando con el solapado y vergonzante separatismo antipatriótico para crear un bizkaitarrismo de club y deportivo, de cofillón y regatas, a cuyo amparo grite el vino: ¡muera España! ¿O es que eso también fué una maniobra electorera?

«¡Lealtad! ¿Para qué quiero yo su lealtad si luego no saben nada?», me han dicho que dijo el sagaz político. Y así es. Ni esa lealtad canina al jefe, de recluta político, ni la lealtad al rey, cuando les falta idealidad sirven para maldita de Dios la cosa duradera. Isabel quiso decir algo en esa mi tierra, allá en los siete años, del 1833 al 1840, cuando los cristinos luchaban con los carlistas; Alfonso XII quiso decir algo en 1875 frente a cantonales y carlistas, pero hoy ¿qué quiere decir Alon-



so XIII en boca de ese estado mayor sin ejército del flamante dinastismo liberal vizcaíno?

Y no es que yo rechace el santo y seña, no. Yo soy liberal y soy dinástico, pero sé lo que pongo bajo el santo y seña, yo que no soy sino de mis ideas.

En el artículo que comento se dice muy bien que pasaron los tiempos de las oligarquías plutocráticas y cita medidas de Urzáiz en Hacienda y de Salvador en Fomento, merced a las que—dice—«parece dibujarse en el horizonte la posibilidad de una revolución legal y pacífica», y añade: «¿Nace dispuesta a cooperar en esa revolución la Unión dinástica de Bilbao?» ¡Esta es la derecha! Pero ya se verá cómo ni esa flamante unión dinástica *clibica*, más o menos deportiva y cortesana, se pone a pensar ideas ni el Gobierno, en general, persiste en la gran política, la de grandes ideales y grandes intereses, si no vuelve a los acomodados, a las formulillas, a los compromisos, a las electorerías, al pandillaje, a las pequeñas y miserables reales órdenes que llegan hasta dictarse una para que el hijito de un ministro pueda saltar cómodamente dos años de carrera! ¡Pequeñez hasta en el mal; sordidez hasta en la injusticia; mezquindad hasta en el bajo capricho ministerial! ¡Todo chico, todo pobre, todo roñoso!

Ni grandes salteadores de caminos, ni trágicos aventureros en nuestra política, si no por lo común o pequeños rateros, carteristas, que colocan amigos y descolocan enemigos, o pobres actores de género chico por falta de arrestos para el drama.

Y uno se acuerda del gran Costa, del pobre Costa, de Costa el loco—pues es seguro que por tal le tendrían los poliligueros que hierran y numeran a sus secuaces—que murió de que le dolía España y le dolía la propia dignidad abochornada. Fué un soberbio. ¡Cómo que fué un hombre todo lealtad al ideal y a la patria! Y no quiso sentarse en los escaños de ese triste Parlamento donde se escamotea todo problema y donde el fariseísmo se alía con la beocia.

Se acercan días difíciles para la patria y días en que el santo y seña que quiere erigir la Unión dinástica liberal de Bilbao puede ser cifra de paz, de seguridad, de continuidad, de orden para la patria. Pero si piensan

los promotores de esa Unión hacer ahí liberalismo y dinastismo—y sin aquél no vivirá éste—por los procedimientos que se usan en esta triste Castilla de los pandillajes electoreros, de la mendiguez y del caciquismo, en este triste páramo de rabadanes y baños de pretendientes a sinecuras y cesantes de ellas, entonces tiene razón el articulista «continuará por muchos años el Ayuntamiento (de Bilbao) sin representación monárquica y el nuevo partido quedará reducido a los menesteres propios de una Comisión organizadora de cotillones y regatas».

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca 17-I-16.

*

N. DE LA D.—Conviene, sin embargo, advertir que la Unión dinástica en proyecto, a juzgar por los que la patrocinan y por los que la impugnan disparando contra ella sendas columnas en el órgano maurista de la villa, es una protesta contra el fulanismo monárquico, que nadie como Maura cultiva, aunque, guardando las formas, se permita condenarlo. Lo que no vemos por ninguna parte es que la Federación monárquica esté dispuesta a colaborar con el Gobierno y con la opinión en esa revolución legal que se ha iniciado en los ministerios de Hacienda y de Fomento y que parece haber conquistado la buena voluntad del presidente del Consejo. Aun no es tarde. Aun podemos tener ocasión de ver eso que no vemos, ya que, según parece, se está redactando un manifiesto que pondrá a los dinásticos de nuevo cuño a la altura de las circunstancias.

¿Lo cree usted, maestro?

No, ¿verdad?

Pues nosotros tampoco. Pero como esto de la conflagración ha invertido el orden de todos los valores, bien puede ocurrir que nos equivoquemos en esto como en tantas otras cosas. Es hermoso el riesgo—que dijo el clásico—ya que después de haber soñado tanto con una revolución desde abajo, a bodas nos convidarían los que invitaran a hacerla desde arriba.

Esperemos el manifiesto, pero sentados.

